

JORGE JAVIER VÁZQUEZ

Último verano de juventud



Vuelve el autor de *La vida iba en serio*. Un juego narrativo entre la ficción y la no ficción para hablar del éxito y el fracaso, de las bambalinas de la televisión, del paso del tiempo, de la madurez a fuerza de golpes y del amor como rendición de todos los fracasos. Un relato brutal y sincero.

Tengo cuarenta y cuatro años aunque estoy convencido de que tengo cuarenta y siete porque he decidido que a esa edad iniciaré una nueva vida.

Así empieza *Último verano de juventud*. Jorge, el protagonista, entra en crisis personal y profesional. Han pasado quince años desde que aquel muchacho llegara a Madrid con una maleta y muchos silencios. Se ha convertido en un periodista famoso que ha llegado a lo más alto de su profesión. Pero nada le hace feliz y echa de menos al joven libre que fue.

Este libro es un relato de su vida en tiempo real. Las miserias y las glorias en un repaso sincero de un pasado desconocido. A caballo entre la ficción y su propia vida, Jorge Javier Vázquez habla de las luces y sombras del éxito desproporcionado que marcó su llegada a la televisión, de la euforia y el dolor y de cómo impactó todo ello en su familia y en él mismo. Una novela repleta de morbo y de autenticidad, tan descarnada y brutal como tremendamente divertida, donde el protagonista muestra su verdadera cara: esa que queda a diario detrás de los focos.

Sin duda una obra que sorprenderá a los lectores y dará mucho que hablar.

*A la Mari, por confiar en mí.
A P., por compartir su vida conmigo.*

Un sábado, a las doce y media del mediodía, recibí un mensaje de Jimmy Jiménez Arnau. Decía así: «Por comentarios que haces de ti acerca de cosas que nos hacen felices, te siento muy hastiado de casi todo. Siendo tan joven como eres y teniendo tanto talento, debes creer y soñar con lo que no te haga daño a ti mismo. ¿Por qué no te pones a escribir? Y disculpa mi atrevimiento. Abrazos, JIMMY».

Tardé tres meses en hacerle caso.

1

LA APARIENCIA DEL ORDEN

Tengo cuarenta y cuatro años, aunque estoy convencido de que tengo cuarenta y siete porque he decidido que a esa edad iniciaré una nueva vida. En tres años finalizo mi contrato con la cadena para la que trabajo y si renuevo, volveré a hacerlo con la condición de no presentar un programa diario. Llevo seis años y medio presentando uno de más de cuatro horas —el anterior duró cinco años— y a veces siento que comienzan a flaquearme las fuerzas. Intento entregarme, pero me cuesta permanecer atento a lo que sucede. Mientras mis colaboradores hablan, yo aprovecho para conectarme al iPhone y evadirme. Cuando acaba el programa procuro no hacer demasiado examen de conciencia porque la conclusión sería devastadora. No me parece honesto comportarme así en el trabajo.

No debí renovar el año pasado, pero me faltó valor. Me ofrecieron una considerable cantidad de dinero por seguir tres años más y no supe negarme. Me cegué. Solo Fermín, mi novio, entendía que tuviera dudas. El resto de mi familia —con mi cuñado Eduardo, que además es mi administrador, al frente— se escandalizó cuando planteé la posibilidad de retirarme por un tiempo. Intentaba explicarles que mi trabajo era muy duro y que estaba cansado de tanta exposición, pero ellos se miraban unos a otros como si les estuviera hablando en chino mandarín y hacían gestos negati-

vos con la cabeza. Daba la impresión de que me tomaban por loco. Mi hermana Ana, la mayor, era la más beligerante.

—Pero ¿tú qué te piensas? ¿Que no hay trabajos duros? ¡Mira yo, que llevo treinta años en la misma empresa!

Su ejemplo no me servía, aunque no se lo dije porque no es muy dada a atender a razones. Cuando intentas explicarle algo, te suelta un «no, si yo te entiendo, pero...». Ese «pero» indica que vuelve a lo suyo sin replantearse mínimamente sus esquemas.

Si hubiera hecho caso a mi novio, ahora no estaría deseando que el tiempo que me queda para finalizar el contrato pasara lo más rápido posible.

—Fermín, ¿qué te parecería si en vez de renovar nos tomáramos un año sabático?

—A mí me harías el hombre más feliz del mundo.

—Podríamos jugar a vivir una temporada en varias ciudades: tres meses en París, otros tres en Londres, luego Miami. No sé si quiero seguir trabajando en la tele. También hemos de valorar qué pasará si no renuevo. A lo mejor nos toca venderlo todo y marcharnos a vivir a un apartamento.

—¿Y dónde está el problema?

Esa es una de las cualidades que más me gustan de Fermín: su escaso apego a las cosas materiales. Vivimos muy bien gracias a mi trabajo, pero para él es mucho más importante que nuestra relación funcione. Lo tiene claro: prefiere sacrificar comodidades e invertir en afectos.

—Sabes que no me gusta que trabajes tanto. No te dejas ni un minuto libre, no sabes aburrirte. Piénsalo, yo te voy a apoyar en todo lo que hagas. Pero no olvides que cada vez llevas peor un montón de cosas, entre ellas la popularidad.

La popularidad era una de ellas, tenía razón. Aunque también se instalaba en mí un sentimiento de nostalgia anticipada: me estaba despidiendo de mi juventud. Se me estaba yendo el tiempo. Sentía que mi trabajo me absorbía

demasiado y me impedía dedicarme a otras cosas, y eso me inquietaba.

Sucedió ese mismo verano, en una terraza de Hoi An, un pueblo precioso de Vietnam. Fermín se fue a dar una vuelta y yo me quedé tomando un café. De repente apareció un grupo de mochileros jóvenes, guapos, riéndose con una intensidad que provocó en mí el efecto contrario. No fue tristeza, era algo más indefinido. Melancolía, nostalgia, quizá. Parecían despreocupados, dueños de su vida, de su tiempo. Los envidiaba: mis vacaciones no eran más que un espejismo porque a los pocos días tendría que volver obligatoriamente a Madrid para reincorporarme a mi previsible existencia. Echaba de menos un punto de locura. Incluso en el terreno sexual. Creía que no estaría mal que apareciera alguien con la intención de desordenar las sábanas de mi cama.

Sin embargo, firmé. Haciendo oídos sordos a mi novio, firmé y renové. ¿Fue para bien?

Como tengo cuarenta y cuatro pero pienso que en realidad tengo cuarenta y siete, me siento mayor. Mayor y gordo. Mayor, gordo y feo. Físicamente, la idea de lo que quiero ser y lo que en realidad soy no concuerda. No tengo un físico ni una genética agraciada. No soy guapo —cómo de ver a lo sumo— ni alto, aunque jamás haya tenido complejo de bajito. Peso diez kilos de más, retengo líquidos y mi cara parece una hogaza, de puro redonda. Me gustaría pesar quince kilos menos, ser fibrado y marcar mandíbula. Detesto mi torso, tan ancho, los brazos sin forma y una barriga que se hincha y se deshinch a su antojo. Yo no sé a cuántos especialistas habré visitado ya para ver si encuentran el porqué de esos continuos cambios de volumen, pero ninguno ha dado con la solución.

Se diría que a Fermín no le importan esos cambios físicos a peor, y cuando ve que al examinarme frente al espejo

me pongo triste, se coloca detrás de mí, intenta darme un beso en el cuello que yo rechazo y pronuncia una frase que me cuesta creer:

—A mí me parece que tienes un cuerpo muy bonito.

En ese aspecto, como en otros, Fermín es mucho más generoso que yo. No es que su cuerpo me haya dejado de gustar, pero, desde luego, no me gusta como antes. Cuando lo conocí era un chico delgado, no musculoso pero sí musculado, con unos pectorales marcadísimos que me volví loco. Hacía deporte y tenía cuidado con la alimentación. Desde hace algún tiempo está un pelín descuidado tanto con una cosa como con la otra. No se corta a la hora de beber y come guarradas a discreción. Antes eso no le engordaba, pero ahora —tiene tres años menos que yo, tampoco son tantos— sucumbir a esos placeres le está empezando a pasar factura. A veces se muestra incómodo con su barriga y amenaza con hacerse una liposucción, pero lo normal es que se la agarre, suelte una carcajada, diga que eso es consecuencia de su felicidad y vaya a por una cerveza para celebrarlo. A mí esos arranques de alegría me ponen de los nervios. Preferiría que tuviera un mínimo sentimiento de culpa, aunque también es verdad que no me haría ninguna gracia vivir con un tío que estuviera siempre quejándose de lo mal que tiene el cuerpo. Vamos, que me resultaría imposible compartir existencia con alguien como yo.

Me entristece estar gordo, pero lo que más pena me da es saber que nunca seré como soñé ser. Me cuesta estar a dieta, pasar privaciones, beber poco. Quisiera comer postres, darle al alpiste sin medida y aun así tener un cuerpo digno. Pero en mi cuerpo los milagros no existen.

Estamos de vacaciones en Mauricio, Semana Santa, las únicas que vamos a tener en todo el año porque en septiembre estreno una obra de teatro. Me paso el día pesándome y diciendo que no a copas de vino, coulants de chocolate con helado de vainilla y tentaciones varias.

Dispuesto a poner remedio a mi desparrame corporal, me planté hace dos semanas en la consulta de una nutricionista. Me obligó a subir a una báscula y la máquina infernal no solo dictaminó que me sobraban una barbaridad de kilos, sino que además tenía una edad metabólica de cincuenta y nueve años. Cincuenta y nueve. Por si cuarenta y siete no bastaban. Una ruina, vamos. Me puse a dieta estricta y en dos semanas adelgacé cerca de dos kilos.

—Deberían haber sido más —me recriminó la nutricionista con maneras propias de comandante de las SS.

Le contesté que para mí el resultado era estupendo y que lo peor sería sobrevivir a las vacaciones. Me iba con mi novio a Mauricio y no quería que las privaciones enturbiaran nuestra semana de descanso.

—Oye, pues si te quiere, que se sacrifique un poco por ti —me aconsejó con un leve acento vasco.

—Si el que no quiere sacrificarse soy yo, que me estás quitando hasta las ganas de ir. ¿Ni una copa de vino me dejas?

—¿De vino, dices? Qué va, hombre, qué va. Por ahora nada.

Le puse cara de perro perdido y sonrió (poco). Yo creo que es borde para que los gordos que vamos a verla no cojamos confianza y por pena nos deje comer un trocito de pan, una copa de vino o un pastel de chocolate. El caso es que estoy bebiendo mucho menos que en otras vacaciones, aunque por las noches tengo que hacer esfuerzos titánicos para no sucumbir al milhojas de vainilla. Ayer estuve a punto de caer y cuando al final decidí que no me lo tomaba, me dio el bajón.

—Estoy cansado de tanta renuncia. Me quedo sin fuerzas —musité en plan moribundo en el lecho de muerte.

Fermín se rebotó.

—Deja de decir tonterías. No soporto esos arranques de tristeza. Estás haciendo cosas para estar mejor y ya lo

estás consiguiendo. Tienes la cara más afilada y no estás tan hinchado.

Me puse en guardia.

—O sea, ¿que antes estaba gordo? Pues bien que te lo callabas. E incluso me decías que no cuando te lo preguntaba.

—Solo te digo que estás mejor ahora. Y es lo que estás buscando porque cuando hagas teatro lo vas a notar. Tienes esa meta, ¿no?, ¡pues ve a por ella! También te digo que a mí me la pela cómo estés. Pero no te pongas triste por esas tonterías, porque si no, me voy a cabrear.

Al llegar a la habitación me subí a la báscula. Sería la decimocuarta vez que lo hacía a lo largo del día. Tres veces menos que el día anterior.

—¡No te peses ahora, que te vas a asustar!

—No, no. Si pesándome ahora sé más o menos lo que pesaré nada más levantarme. Tranquilo.

El resultado no era el que yo esperaba después de un día de privaciones. Le pedí a dios —a cualquiera, me daba igual, un dios mauriciano mismo— que tuviera que despertarme muchas veces para ir a mear. No importaba que durmiera a trompicones. Necesitaba deshacerme de líquidos.

Nada más levantarme me pesé: 84,7. Había adelgazado cien gramos de ayer a hoy. Bien. La decepción llegó cuando después de ir al baño volví a pesarme y me puse en 85. Quien lo entienda, que me lo explique.

Hemos contratado una excursión para esta mañana: cuatro horas en lancha al razonable precio de quinientos euros. Un timo. Dos negritos jóvenes —eufemismo, dos maromazos en realidad— nos llevan con mucho entusiasmo de paseo, pero más pronto que tarde se dan cuenta de que han topado con un par de siesos. Nos enseñan unos monitos encaramados a un árbol y se sorprenden de que no queramos fotografiarlos. Lo mismo sucede cuando nos

acercan a unas pequeñas cataratas y a una cárcel enclavada en una isla diminuta.

—Tranquilos, no queremos bajar. Seguimos con la excursión.

—¿Os apetece daros un baño en alta mar?

—Síííí —decimos con la boca chica Fermín y yo, más que nada porque nos da apuro pronunciar otro «no».

El baño se queda en que Fermín me espera en la lancha tomándose una cerveza mientras yo hago unos cuantos largos. Pocos, porque tengo una infección en el oído izquierdo y el médico del hotel me ha dicho que cuanto menos agua me entre, mejor. Cuando me canso de hacer el vaina en el mar, me subo a la lancha con dificultad y me desparamo como un pequeño cetáceo en los asientos de la parte delantera.

—¿Queréis ir a una islita pequeña muy tranquila?

—¡Ay, sí!

Fingimos euforia. Nos da un poco de palo ser tan carcos con esos muchachos tan simpáticos.

La islita es muy pequeña, sí, y como la lancha puede acercarse bastante a ella, no tengo que dar la nota ni para bajar ni para subir. Una vez en tierra, los dos negritos desaparecen. Fijo que se han dado cuenta de que somos maricones, pero ¿pensarían que nos íbamos a poner a follar ahí como una pareja de adolescentes? No. La realidad, como siempre, es mucho más prosaica. Como no nos ha salido de los mismísimos visitar nada de lo que nos han propuesto, tienen que hacer tiempo para cumplir las horas pactadas de la excursión.

Aprovecho para pedirle a Fermín que me haga una foto para subirla a mis redes.

—No me saques las tetas, solo de hombros para arriba.

Sé por qué lo digo. Cuando llegamos al hotel —cuarenta y cinco minutos antes de la hora prevista, ¿nos rebajarán la parte proporcional que no hemos cumplido?—, la subo con un texto que dice: «Ensayando para *Supervivientes*

2015». Un pequeño guiño al programa que voy a presentar por tercera vez dentro de una semana y media. En poco menos de un cuarto de hora la fotografía provoca más de quinientos comentarios: «Feo y gordo», «Cosa mal hecha de hombre, que jode la retina a cualquiera que lo vea», «Feo, gordo y calvo», «No enseña el cuerpo porque echamos a correr», «Enano y feo». Son solo algunos de ellos. Otros, con todo el cariño del mundo, intentan ayudar, aunque más bien terminan de rematarlo: «No es guapo, pero hace bien su trabajo», «La belleza está en el interior» y así.

¿Me duele? Sí. Me duele porque no puedo cabrearme con los que me llaman gordo. Lo estoy. Eso es lo que me encabrona, que ya no me puedo refugiar en el tópico de que «la tele engorda». A mí mismo cuando estoy trabajando me cuesta verme en los plasmas habilitados en el plató. Rechazo mi imagen. No me gusto.

Caigo en la cuenta de que mi trabajo lo ve muchísima gente, cerca de tres millones de personas de media cada programa que presento. Y que te vean no quiere decir que les gustes. Cientos de ellos, miles, me insultarán cuando aparezca en sus televisores. Pero no quiero ponerme triste, que entonces Fermín se cabrea. Al fin y al cabo, son gente anónima y su opinión no debería importarme. Me enfadan muchísimo más algunos whatsapps que me envía mi hermana Ana. Rescato el último, que me ha sacado de quicio:

«La mama me ha dicho lo de tu dieta. Yo te veo más deshinchado. Que es lo que te hacía falta porque gordura no es. Así te encontrarás mejor para el teatro».

Cuando lo recibí, llamé a Fermín indignado:

—Pero ¿tú te puedes creer los mensajes que me envía mi hermana? ¿Acaso le digo yo cuándo ha ganado kilos? No entiendo que se tome esas libertades conmigo, quiero llamarla para enviarla a la mierda y decirle que esos mensajes me hacen daño. Bueno, lo de enviarla a la mierda no, porque se va a liar, pero lo de que me hace daño sí que se lo digo.

Al otro lado del teléfono Fermín se calló y no dijo ni mu porque sabía que al final no haría nada. Me cuesta enfrentarme a mi familia. Y sé que mi hermana lo hace con la mejor de sus intenciones, pero tiene que empezar a aprender que un silencio es, a veces, más sanador que un consejo.

—¿Sabes qué te digo, Fermín? Que voy a utilizar los whatsapps de Ana para el libro.

—O sea, que va a ser para ti como una terapia.

—¡Pues sí!

Con el tiempo me di cuenta de que ese mensaje en concreto tampoco era nada del otro jueves. Me pilló en un mal momento. Lo que sucedió es que con los mensajitos, mails o consejos varios de mi hermana, llovía sobre mojado.

Después de la (corta) excursión almorzamos —con poco vino—, volvemos a la habitación y tomamos él un café y yo un té verde porque es adelgazante. Al ir al agua nos cruzamos con un matrimonio de españoles con sus dos hijas. Se nos arrugó el morro. Cada vez que tenemos vacaciones, ponemos horas y horas de avión de por medio para coincidir lo menos posible con españoles. Y mucho menos en la playa. Si alguna revista me saca en bañador, tengo todos los números para convertirme en el hazmerreír nacional, y justo en este momento de mi vida no tengo la autoestima preparada para salir a flote.

Ser tan popular sale carísimo a no ser que te atraiga vivir pegándote continuamente baños de masas. Cuando los españoles me detectan suelen seguir todos el mismo patrón. Se acercan y dicen:

—Perdona, sé que es una molestia, pero ¿puedo hacerme una foto contigo?

—Lo siento, me gustaría, pero la cadena me prohíbe hacerme fotos fuera del plató de televisión.

Es una excusa que me he inventado a la que le he sacado mucho rendimiento. Ahora que la acabo de hacer pública, tendré que buscarme otra.

También tiran mucho de esta otra frase para lograr una instantánea.

—Mira, por favor, una fotografía, la última. Es que, si no, mi madre no se lo va a creer.

¡Madre mía! De verdad que se asombrarían si me entrevistara contándoles que antes de que ellos me lo pidieran he podido escuchar trescientos millones de veces la frase: «La última, de verdad, solo la última».

No me hago fotos. Ante mi negativa, las respuestas suelen ser:

—Pues entonces voy a dejar de verte.

A lo que yo contesto para mí cuando tengo un mal día: «Ojalá, así nos quitan el programa».

O:

—¡Qué antipático eres! ¡No pensé que fueras así!

Es decir, que veinte años de carrera en televisión se van a tomar por saco cuando te niegas a convertirte en carne disecada de smartphone.

El Viernes Santo me hace dos regalos: el resultado de la báscula —84,5 la primera vez que me pesé, a eso de las seis y media de la mañana, 84,4 una hora después— y la llamada de Juan Carlos Rubio, el autor y director de mi función.

—¿Mariquita mauriciana? ¿Qué paaaasa?

Siempre que nos llamamos, nos saludamos así: con el «qué paaaasa» muy exagerado, como de maricón verbenero andaluz, y con algún toponímico alusivo al lugar donde nos encontremos: «Sarasa de las marismas», «Mariquilla de la costa», «Bujarrón del norte» y demás.

—¿Te lo estás pasando bien en tus vacaciones?

—Sí. El sitio es bonito. Pero no espectacular.

—Bueno, es que tú ya has viajado mucho.

Lo dice sin doble sentido, sin ironía, como para hacerme entender que cada vez será más difícil que le pueda aplicar

a algo o a alguien el adjetivo *espectacular*. La pérdida de la capacidad de sorpresa que va pareja a cumplir años. No hay más.

Aun así no era eso lo que me estaba pasando con Mauricio, que un poco también. Echando la vista atrás, me doy cuenta de que conforme va aumentando mi popularidad, Fermín y yo contratamos hoteles cada vez más caros y lejanos. No salimos de vacaciones; huimos de España. Y nos estamos haciendo expertos en lugares tan recónditos como exquisitos. Disfrutamos con ellos. Seychelles, Maldivas, Langkawi (Malasia). Sin embargo, esta vez estaba siendo distinto. Cierto es que nos alojamos en un lujoso Four Seasons, en una villa al borde del mar, pero no me encuentro cómodo con lo que me rodea.

El domingo de nuestra llegada ya nos tocó pelearnos. Fuimos a cenar al restaurante italiano del hotel y no nos permitieron pasar porque íbamos con Havaianas. Tuvimos que volver a la habitación para calzarnos unas deportivas. Entonces nos dejaron entrar y, una vez sentados y con mi mal inglés, intenté explicarle al camarero que no entendía que nos impidieran la entrada con chancletas, pero que sí pudiera haber niños corriendo entre las mesas.

—¡O que ese señor de ahí —señalé a un inglés que estaba sentado en una mesa de mi izquierda— pueda venir con esas zapatillas tan horrosas!

—Bueno, pero es que son zapatillas que están cerradas —se excusó el camarero.

Creo que a partir de ese incidente saltaron las alarmas en el hotel: creyeron que habían detectado a la típica pareja conflictiva. No lo somos.

Por las mañanas desayunamos rodeados de matrimonios ingleses con hijos blanquitos, rusas envueltas en brillos supersónicos y mujeres árabes tan exquisitamente maquilladas como Rania de Jordania. Creo que nosotros somos los elementos folclóricos: los únicos gays. Los camareros del hotel nos saludan por nuestro apellido y memorizaron